

“La voz de Azenaia”

Miguel Espinosa “resucitó” en El Escorial

José María Galiana, Diario *La Verdad*, 16 de julio de 1989

Conocer personalmente a Juana, Azenaia, Mercedes, me lleva a comprender –en toda su rotundidad-, el apasionamiento de Miguel Espinosa por ella. Después de la comida, Mercedes Rodríguez me regaló “su tranquilo entusiasmo”, su acento dulce y su infinita ternura e inteligencia. Al principio, no quería acceder a mi requerimiento, pero, poco a poco, se dejó llevar por el recuerdo de “Asklepios”, el último griego, el clásico del siglo XXI, Miguel.

-Nunca me han pedido una opinión que vaya a reflejarse en las ondas o en la imagen. Yo diría que si hay algo es la constancia, al menos por mi parte, de que yo tenía siempre un testigo, como si tuviera que rendirle cuentas de mi propia vida, del propio camino que tomaba la reflexión.

Al menos, tuve la sensación de que él me exigía como que le rindiera cuentas; y, claro, era una lucha para comprender que, debiendo rendirle cuenta por ser un espíritu superior, yo quería emanciparme de esta especie de total sumisión. Mi vida ha estado huérfana de acontecimientos; dentro de mi tendencia a llevar una vida interior, la fascinación de haber conocido su talento, la muerte de Miguel; siempre estaba pensando qué diría Miguel, qué pensaría Miguel, qué se propondría Miguel, cómo se reiría Miguel; eso para mí ha sido casi constante. Lo que puedo haber representado yo en su obra, en su vida, creo que es el resultado de leer la obra entera, y lo que sea será. Yo debo decir que luego he conocido otras gentes y nunca he experimentado... ¿cómo diría?, quizá la palabra sea la empleada en *Tríbada*, el “pasma”, que entonces no sabía que significaba; pero, desde luego, el instante en que yo leí ese texto de Miguel fue un “choque”, yo caí como una especie de insectito en la garra.

(Le pregunto cómo lo recuerda, y observo que sus ojos se echan a volar por la estancia hasta detenerse en un punto concreto).

-Yo creo que era un hombre con una capacidad de intriga infinita, pero con un sentido del goce de las cosas, del disfrute de lo instintivo, de lo inocente como un juego infinito, como pasa siempre con la inocencia, que seguramente está unida a la máxima malicia; a lo mejor resulta que los ángeles son tan inocentes como los demonios. Miguel era las dos cosas, a veces la máxima inocencia, o el máximo Mefistófeles, en algún sentido; siempre de una vitalidad tremenda, siempre sabiendo que con la palabra y los conceptos era absolutamente el maestro. Yo creo que él sabía que era el maestro, y había ocasiones en que parecía querer vengarse de algo que nunca habíamos regateado: la consideración de su talento. Incluso, de algún modo nos trataba en la medida en que le podíamos hacer falta para reinventar, construir, recrear, volver a imaginar; pero es que creo que esto es imposible evitarlo, porque tampoco la gente se levanta una mañana diciendo “voy a ser escritor”, y, además, de esta manera u otra, escribes como sabes, no te molestes en explicarme cómo lo haces, escribes como sabes. Un verano estaba con mi hija en Campoamor, era aún adolescente y andaba enamorada; aquel día se enteró de que el chico que quería tenía novia. Yo me burlé un poco de este hecho y mi hija pasó la mañana llorando desconsolada. Esa tarde apareció Miguel, se la llevó a tomar una tónica y, al rato, vino absolutamente consolada. Esto demuestra que se integró en el sentir de una niña de su edad, y ahí se manifiesta su dosis de inocencia.

-Ha dicho tu marido que Miguel era una persona muy alegre, y los últimos años devino en cierta amargura. ¿A qué piensas que se debió esto?

-No sé, quizá a la falta de reconocimiento. Desde que le conozco, lo recuerdo con el ansia única de escribir y esto era casi un imposible. Era complejo como ser humano. Hay un momento que me dice: “Tú representas para mí (pero, bueno, eso puede ser verdad o la condición de escritor) el pathos, el etos y el logos, pero no el eros; esa puede ser una respuesta”.

-¿Hay un motivo concreto para que estés aquí?

-Te agradezco la pregunta. Yo quiero decir que si Miguel hubiera tenido el reconocimiento intelectual y el respeto que debía haber tenido, en forma tal que se hubiera podido dedicar tranquilamente al oficio para el que nació perfecta y totalmente dotado, quizá yo no estaría aquí, porque consideraría que en el mundo se había hecho justicia; y si Miguel hubiera muerto muy cómodo y confortado por el dinero o el estatus social –aunque no hubiera sido reconocido su talento-, quizá yo tampoco estaría aquí. Lo que pasa es que las dos cosas juntas son una enorme injusticia que no sé en qué medida puede ser remediada, porque para remediarla tendríamos que revivir a Miguel; que él fuera testigo de su propio proceso, que fuera testigo de sus arbitrariedades, porque seguramente arbitrariedades va a haber un montón, pero en todo caso no van a ser las tuyas, al menos no vamos a tener garantías de que sean las tuyas, van a ser otras arbitrariedades.